MAÑANA DE DOMINGO

José Molina Melgarejo

MAÑANA DE DOMINGO

José Molina Melgarejo

avant
editorial

Primera edición, diciembre de 2021
© **José Molina Melgarejo, 2021**

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A, 28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN: 978-84-18844-78-2
IBIC: FRD

En este «invierno de nuestro descontento» ya no queremos que nos hieran más, que nos desangren el corazón y la mente. Solo queremos recuperar nuestra vida, nuestra única y preciosa vida, por la que cada día tenemos denodadamente que desvivirnos para seguir viviéndola.

I
CASA DE BAÑOS

Para Julio, el domingo es un día especial, el más especial de toda la semana. Si por él fuera, todos los días serían domingo, aunque para salir a la calle tuviera que ponerse siempre la camisa blanca que le había regalado su tía segunda para la comunión de Matilde, su prima tercera o cuarta, que esto del parentesco familiar lo tiene un poco liado, y el pantalón de pana azul que le hizo su madre hace un par de años y que cada vez le queda más pesquero. Pero nada de todo eso le importa, como tampoco le importa tener que ir tan repeinado, con la raya a un lado y bien untado de brillantina Patrico, de la que usa su padre, para que no se le mueva un solo pelo y, como su madre dice: «Para que vaya hecho un pincel». Ni siquiera le disgusta, cuando hace frío, ponerse la trenca que sus padres le han comprado en rebajas con «previsión de futuro», o sea, con tres tallas más de la que usa habitualmente, para que le dure unas cuantas temporadas, aunque le da un aspecto algo fantasmagórico.

¡Pero qué más da todo eso! Lo importante es despertarse sabiendo que es domingo y que ese día todo es diferente. Lo que de verdad le encanta es no tener que madrugar ni salir corriendo al colegio aún con las legañas y el sueño pegados en la cara y, en invierno, con el pijama debajo de la ropa, no vaya a ser que el frío le cale hasta la médula. Pero el domingo no, el domingo Julio puede levantarse tranquilamente, remojarse un poco la cara con el agua de la palangana que hay en su habitación, que el suministro de agua corriente en su casa aún no tiene contrato fijo, e ir directo a la cocina a desayunar, donde a buen seguro su madre ya le tiene preparado un vaso de leche caliente y unas de esas soletillas que tanto le gustan para mojar. Aunque tronara, cayeran chuzos, nevara o el mundo estuviera inundándose, Julio siente que ese día la vida le sonríe y que todo brilla a su alrededor. Quién sabe, piensa a veces, si cuando sea mayor incluso podrá vivir *Siempre en domingo,* como el programa de televisión que se emite los domingos por la tarde, en el que ponen una de sus series favoritas, *Randall, el justiciero,* y que suele ver en casa de su amigo José Luis, el único del bloque que tiene televisor en su casa.

Mientras disfruta del comienzo del día y divaga sobre el porvenir inmediato, Julio termina de degustar el último bocado de soletilla, de enfundarse el uniforme dominical y de darle al pelo los últimos toques de brillantina. Ahora sí, ahora ya está «hecho un pincel» para salir a la calle con su padre, quien, como siempre cada domingo, a las diez en punto ya está esperándolo en la puerta, ataviado también con sus mejores galas y sosteniendo en su mano derecha esa bolsa de deportes con aros pintados en la que pone MEXICO 68, y que Julio no sabe muy bien qué significa ni cómo ha llegado hasta allí. Para que

todo sea como siempre, su madre se queda en casa haciendo las tareas que, según parece, le otorga su condición de mujer, o sea, limpiar el polvo, fregar el suelo, lavar la ropa, hacer las camas, preparar la comida…, para las que no hay domingos ni fiestas de guardar.

Como ya es costumbre, Julio y su padre salen de casa a la hora exacta para llegar tranquilamente a la parada de las camionetas verdes que conectan el barrio con el centro de la ciudad. Para Julio, el viaje, que dura alrededor de tres cuartos de hora, es una emocionante aventura de la que solo ese día puede disfrutar. Así que, en cuanto la camioneta emprende la marcha, pega la cara a la ventanilla y observa atentamente todo lo que pasa delante de sus ojos. Le gusta mirar el descampado que hay cerca de su casa, al que, cuando hace buen tiempo, sus amigos y él suelen ir a jugar a fútbol o a policías y ladrones. Y le encanta ver cómo lentamente van armándose los esqueletos de los edificios cuya silueta se divisa a lo lejos y que, según cuentan, son unas casas de lujo muy caras que están construyendo en el barrio, así que será imposible que sus padres compren una, salvo que acierten una quiniela de catorce o les toque un cupón de los ciegos.

Todo eso le gusta ver a Julio con sus grandes y radiantes ojos de color miel, como también le gusta observar a la gente que pasea por la calle o a la que, a esas horas de la mañana, aún permanece dentro de sus casas. Sobre todas ellas siempre se hace infinidad de preguntas: cómo se llamarán, de dónde serán, de qué vivirán, qué estarán haciendo, tendrán televisor, les gustará los domingos tanto como a él…; simples preguntas todas ellas que, desde luego, no le darían pistas al cazador de recompensas Josh Randall, el justiciero, para que capturase

a uno de esos terribles malvados que pululan por el lejano Oeste y que él siempre anda buscando. Lástima, piensa a veces, no dar con uno de ellos, para poder llamar a Randall y que venga a capturarlo. Así podría conocerlo y quién sabe si hasta acompañarlo en una de sus apasionantes aventuras por el Oeste, como su compañero Jason Nichols, aunque, eso sí, tendría que ser en domingo, que es el único día de la semana que tiene libre.

Sobre todas esas cosas y muchas más reflexiona Julio sin perder detalle de cómo la vida discurre delante de él, mientras la camioneta va saliendo, poco a poco, del Poblado Dirigido hasta cruzar esa frontera invisible que él ha dibujado en su mente y que separa su barrio del resto de la ciudad, como si fueran dos mundos paralelos, dos realidades diferentes que conviven en un mismo tiempo, pero apenas sí se rozan con la punta de los dedos. A ese lugar en el que vive llegó Julio con su familia cuando apenas tenía tres años, pero de todo lo que sucedió entonces no se acuerda muy bien, aunque sí sabe que su familia emigró a la capital con la esperanza de encontrar una vida mejor, después de que la miseria hubiese arrasado todo cuanto tenían en el pueblo, salvo quizá las emociones y los recuerdos, que esos siempre son más difíciles de borrar. De lo que dejaron en el pueblo tampoco se acuerda demasiado, porque hace ya mucho que no van por allí. Que él sepa, ya ni siquiera tienen familia, porque sus abuelos fallecieron al poco tiempo de llegar a la capital, y su único tío emigró a Suiza y nunca más se supo de él, o eso al menos es lo que le cuentan sus padres, aunque él no acaba de creerse del todo ni lo de la miseria, ni lo de sus abuelos, ni lo del tío que se marchó a Suiza, ni lo de los recuerdos «que son más difíciles

de borrar», porque de nada de eso hay constancia escrita ni gráfica, o sea, al menos alguna foto que certifique todo ese rocambolesco relato. «En fin, qué se le va a hacer», piensa Julio, al que tampoco parece preocuparle demasiado si es verdad o no todo eso que sus padres dicen que pasó antes de afincarse en la capital. Bastantes preocupaciones tiene él ya viviendo en un barrio como el suyo como para inquietarse por las que pudieron o no dejarse aparcadas en el pueblo.

Aunque hace ya unos cuantos años que él y su padre hacen ese mismo recorrido, a Julio nunca dejan de sorprenderle las calles y las avenidas por las que la camioneta va transitando para dirigirse al centro de la ciudad. Imagina incluso cómo sería su vida si en lugar de residir en el Poblado Dirigido lo hiciera en uno de esos muchos sitios por los que pasa cada domingo. Quizá tendría agua corriente o tal vez no necesitaría ir a casa de su amigo José Luis para ver *Randall, el justiciero.* ¿Quién sabe? De lo que sí está seguro es de que, cada mañana, no tendría que recorrer los casi tres kilómetros que lo separan de la escuela, a veces por caminos embarrados cuando llueve y siempre con la fatiga en el cuerpo y la sensación de no llegar nunca. Tampoco sentiría el miedo a que don Justo, el consejero del colegio, le dé con su campanilla en la cabeza si llega un segundo tarde o a que Miguel, el Caracortada, uno de sus compañeros de clase, lo amenace con dejarle el rostro como a él si no le da la onza de chocolate que su madre le prepara cada día para la hora del recreo.

En el centro de la ciudad, en cambio, todo parece distinto, cree Julio. Hasta se siente atraído por el bullicio de coches y de gentes que se agitan por sus calles sin aparente rumbo fijo. Al menos percibe que todo tiene vida, que todo discurre

con sentido y que el corazón del aire late con una inusitada energía.

Sobre todas esas cosas habla Julio consigo mismo, y sobre todo ello medita hasta que, transcurridos los tres cuartos de hora del viaje, la camioneta se detiene en la parada en la que su padre y él se bajan siempre. Esta se encuentra justo a la entrada de una glorieta amplia y luminosa, en la que se cruzan calles de todos los sentidos, de subida y de bajada, de ida y de vuelta, de largo y de corto recorrido, soleadas y sombrías, calles por las que, supone Julio, seguramente es posible llegar a cualquier parte, algo que quizá algún día averigüe.

Mientras se resuelve tan importante enigma, apenas a unos cuantos metros de donde la camioneta los ha dejado, se encuentra el lugar al que cada domingo él y su padre acuden a eso de las once de la mañana: un edificio de ladrillo visto construido posiblemente hace ya muchos años, pero bien aseado por fuera, sobre cuya puerta de entrada figura un sencillo letrero cincelado con letras doradas que reza: CASA DE BAÑOS.

A Julio, antes de entrar, siempre le gusta fijarse en él, aunque solo sea unos segundos, durante los cuales su imaginación se desborda. A veces hasta piensa que, en realidad, aquel edificio es un santuario al que va para purificarse, algo así como lo que les cuenta en clase el padre Saturnino, el profesor de religión, o como a veces lee en *Vidas ejemplares,* esas revistas sobre historias de santos que suelen darle en la escuela para que «se entretenga los fines de semana». Y no es que él sea un santurrón o aspire a serlo, pero sí le encanta todo lo que sea empaparse de agua o sumergirse en ella, como lo que ese tal Juan el Bautista hacía en el río Jordán con todo el que

iba a visitarlo. Claro que la imaginación purificadora de Julio suele durar poco. Justo el tiempo en que su padre lo apremia para que se mueva: «¡Pero quieres darte prisa y no quedarte ahí embobado!». La reacción de Julio es inmediata: aparca sus «visiones ejemplares» para otro momento y, sin pensárselo dos veces, corre a la altura de su padre para entrar juntos en la Casa de Baños.

Una vez dentro, la rutina es siempre la misma: después de pagar a la mujer de la entrada que está al cuidado de los baños, una señora bien ataviada con un sencillo vestido de algodón negro y un mandil blanco, a juego con el color de su pelo, que hace las veces de caja registradora, su padre saca de la bolsa de deportes una toalla y una pastilla de jabón Heno de Pravia para Julio y le indica que no tarde demasiado, que la ducha solo dura diez minutos, y, sobre todo, que no se olvide de lavarse bien detrás de las orejas y entre los dedos de los pies, que luego le salen fideíllos que resultan de muy mal gusto. «Solo diez minutos», piensa siempre Julio, al que le gustaría que aquella ducha dominical durara una eternidad, aunque, a cambio, le acabaran saliendo escamas o se le pusiera cara de merluzo. Al fin y al cabo, sería el precio a pagar por vivir plácidamente debajo del agua. Pero no, solo dispone de diez minutos para ducharse. Diez escasos minutos que tienen que darle tiempo a enjabonarse todo el cuerpo, lavarse el pelo, frotarse detrás de las orejas y entre los dedos de los pies, aclararse bien… y, sobre todo, cerrar unos instantes los ojos, elevar la cabeza hacia arriba y dejar que el agua caliente caiga suavemente sobre su cara.

Le resulta difícil explicar la emoción que siente entonces. Unas veces piensa que está siendo transportado al paraíso por

una fuerza misteriosa o que está en mitad de una descomunal tormenta de lluvia; otras, en cambio, siente como si hubiese viajado hasta las entrañas de una inmensa cascada, como una de esas que hay en las cataratas del Niágara, y que una vez vio en una película en el cine de su barrio, aunque no se acuerda bien del título ni de cómo se coló en ella si no era tolerada.

Para Julio, al que sus escasos once años aún no le han dado para vivir grandes y emocionantes aventuras, aquel es, sin duda, el momento más feliz de toda la semana, y a veces hasta piensa que nunca habrá algo que lo haga sentir más dichoso, quizá porque la idea de felicidad que tiene Julio no parece que todavía tenga demasiado recorrido. Lo que sí tiene claro es que, por ahora, los momentos de felicidad solo duran diez minutos, justo el tiempo en que una voz grave y adusta de mujer, seguramente la de la señora ataviada con mandil blanco, avisa sin miramientos: «Por favor, termina de ducharte que ya han pasado los diez minutos». Y qué otra opción le queda a Julio si no dar por finalizado el placer acuático del día. Lástima, piensa, que el tiempo sea tan fugaz y que él no tenga el poder de estirarlo todo cuanto quiera. Pero, al parecer, hay cosas en la vida que por desgracia no dependen de uno, sino de una voluntad ajena que tal vez algún día descubra.

Mientras a su larga lista de investigaciones pendientes le añade una más, su padre ya está esperándolo a la salida de la ducha para asegurarse de que se seca bien el cuerpo, se pone la muda limpia que le ha traído y se peina con la raya a un lado; que se note que acaba de salir de la ducha y que luce un aspecto lustroso, que para eso vienen todos los domingos a la Casa de Baños. Y a todo ello atiende Julio sin rechistar, quizá porque no es necesario que su padre le diga cómo debe

parecer; él mismo se siente a gusto, como si acabara de someterse a un tratamiento de relajación corporal o, mejor aún, a una corta pero intensa sesión de felicidad individual. Nadie mejor que él sabe que, como siempre, aquella ha sido una bonita mañana de domingo, a la que no le ha faltado de nada: viaje en camioneta, ducha, imaginación desbordada y algún que otro sueño pendiente de cumplir. Bueno, algo sí queda todavía por hacer: volver a casa, que es como desandar todo lo andado, como regresar al lugar y al tiempo que de vez en cuando le gustaría poder borrar de su mente...

La camioneta que los lleva de vuelta al Poblado Dirigido sale a la una, así que aún deben esperar un buen rato. Para hacer tiempo, al padre de Julio le gusta ir al bar que está justo enfrente de la parada, que difícilmente pasa inadvertido porque desprende un intenso olor a entresijos y gallinejas que, por lo visto, es una vieja costumbre que hay allí en el centro de la ciudad. Para él suele pedir un vermú con sifón, y para Julio, una Mirinda de limón, que le encanta, porque dice que es el refresco que más burbujas tiene, y un plato de patatas fritas para desecar tanto líquido. Y allí se quedan pacientemente esperando a que llegue la camioneta de la una, sin apenas hablar entre ellos. La verdad es que tampoco tienen mucho que decirse. El padre de Julio quizá piensa en la situación por la que atraviesa la fábrica en la que trabaja, que no parece pasar por buenos momentos, según lleva advirtiéndoles a su madre y a él de un tiempo a esta parte. Le da vueltas a qué haría para sacar a su familia adelante si finalmente cerrara. A lo mejor tendrían que regresar al pueblo y trabajar donde lo hacía antes de mudarse a la capital, si es que no ha echado el cierre también. O quién sabe si hasta podría llamar a su hermano, ese que está

de «corresponsal» en Suiza y que Julio no acaba de creerse que exista de verdad, y preguntarle si allí puede conseguirle algún trabajo, sea el que sea, que a él no le importa hacer cualquier cosa, echar las horas que hagan falta y dejarse la piel si es necesario; todo por darles una vida digna a su mujer y a su hijo.

En todo ello seguramente anda perdida su mente mientras saborea el mejor vermú de toda la ciudad, como parece acreditar el creciente bullicio que hay dentro del bar, al que no para de entrar gente, casi más de la que sale. Tampoco Julio parece dispuesto a decir o a contar algo. Quizá es que, después de toda la emoción vivida en la Casa de Baños, ya no le quedan palabras que quieran salir al espacio exterior y volver a quedarse secas. Ahora su imaginación ha dejado de desbordarse y, mientras se entretiene haciendo burbujas con la pajita que el camarero le ha dado con la botella de Mirinda, solo medita sobre la mañana que está a punto de terminar y sobre lo que puede hacer para pasar la tarde. Después de la siesta, que en su casa es obligatoria, duda entre terminar los deberes de matemáticas, acabar de leer la revista de *Vidas ejemplares* dedicada a Santa María Francisca de las Cinco Llagas que el profesor de religión le dio el viernes, quedarse en la cama escuchando la radio para saber qué hace su equipo de fútbol preferido, o subir a casa de José Luis a jugar un rato o ver la tele. Ya lo decidirá durante el camino de vuelta, aunque lo cierto es que le da igual pasar la tarde entre números, milagros, goles o partidas de parchís. Al fin y al cabo, para él, el domingo solo dura una mañana. Lo demás es solo una manera de rellenar el tiempo, como las hojas de lechuga que su madre suele ponerle a la ensaladilla rusa para que parezca más bonita.

Por eso, cuando poco antes de la una su padre y él salen del bar y suben a la camioneta que los lleva de regreso a casa, Julio apenas sí piensa en algo. Ya no pega la cara a la ventilla ni se fija en las calles y las personas que se cruzan a su paso. Ni siquiera piensa en el lunes, cuando todo parece comenzar de nuevo, ni en lo que pasará el resto de la semana. Ya solo tiene la cabeza puesta en el próximo domingo, el único día que parece reservado para aprender los principios básicos de la felicidad. Así que prefiere hacer casi todo el trayecto con los ojos cerrados, como si de ese modo pudiera borrar de un plumazo el mundo exterior y viajar adonde su corazón y su mente lo lleven; quizá al lejano Oeste, donde a buen seguro sería un temido justiciero, de esos que hacen que la gente lleve una vida más honorable y se sienten felices atrapando a villanos como Michael Mackenzie, alias Caracortada, que ni siquiera deja que los habitantes del Poblado Dirigido de Wisconsin disfruten de una miserable onza de chocolate. Pero, cuando la camioneta se detiene en la parada más cercana a su casa, desaparece de un plumazo el Wisconsin del Poblado Dirigido y todo vuelve a la rutina de siempre, sea cual sea el día de la semana. Tal vez por eso, como si fuera un vidente en prácticas que no necesita demasiada experiencia para saber lo que sucederá, Julio vaticina que la tarde será larga y tediosa; en realidad como cualquier tarde de domingo.

Después de almorzar, de felicitar a su madre por la deliciosa paella que ha preparado y de darle las gracias a su padre por la bonita mañana que han pasado juntos, se va a su habitación para tumbarse un rato en la cama, con la esperanza de cerrar los ojos y redimirse del cansancio, más mental que físico, acumulado por la mañana con una buena siesta. Pero

no, no puede dormir. Ni siquiera es capaz de cerrar los ojos unos minutos. Aunque tampoco tiene ganas de levantarse y de hacer algo, por mucho que piense en qué puede invertir el tiempo. Y es que, según va enumerando sus posibilidades para pasar la tarde, como ya había hecho mientras jugueteaba con las burbujas de la botella de Mirinda o de vuelta a casa con los ojos cerrados y su imaginación tratando de ponerse en marcha, las va automáticamente descartando sin que haya una razón concreta para ello. Deja para otro día lo de atrapar al tal Mackenzie, pero también lo de salir a jugar a fútbol en el descampado con Andrés y Vicente, dos amigos suyos del colegio que le han llamado insistentemente desde la calle, o subir a casa de José Luis para ver la tele o jugar al parchís, a la oca o a las chapas. Se pone a escuchar el pequeño transistor que le trajeron los Reyes para saber cómo van los partidos de fútbol, como suele hacer casi todos los domingos, y, sobre todo, el que juega su equipo contra el líder de la Liga, pero su pasión futbolística se apaga enseguida, lo que tampoco le infunde ánimo para ponerse a hacer los deberes de matemáticas que aún tiene pendientes, para leer algún capítulo más de la biografía de Santa María Francisca de la Cinco Llagas, aprenderse la conjugación del verbo «hacer» o repasar la lista de reyes visigodos, que seguro que don Daniel, el profesor de historia, va a preguntar mañana en clase. Aunque la verdad es que lo de repasar el censo visigodo no le hace mucha falta, porque se lo sabe de carrerilla y hasta lo recita de vez en cuando como si fuera la alineación del Real Madrid; o sea, Alarico I, Ataúlfo, Sigerico, Walla, Teodorico I, Turismundo, Teodorico II, Eurico, Alarico II, Gesaleico, Amalarico, Teudis, Teudiselo, Agilia I, Atanagildo, Liuva I, Leovigildo, Recaredo I, Liuva II,

Witerico, Gundemaro, Sisebuto, Recaredo II, Suitila…, y así muchos más hasta don Rodrigo, que era en su tiempo como la estrella del equipo, piensa a veces Julio, el Visigodos CF, un recién ascendido a Primera División después de ganar en un emocionante partido al FC Hispania, un clásico de la Liga Hispánica, que tenía entre sus filas a grandes jugadores, como Trajano y Adriano, fichados de la Roma.

A medida que va enredándose cada vez más en su particular interpretación de la historia, casi sin darse cuenta Julio se va poco a poco adormilando, hasta caer rendido en un largo y profundo sueño en el que, al tiempo que el eco de la alineación visigoda se va apagando, va sumergiéndose en un interminable viaje, rumbo a cualquier lugar. No es la primera vez que sueña con algo así, pero sí la primera que lo hace subido a una destartalada camioneta verde, conducida por alguien que no reconoce bien, aunque se parece bastante a su padre, cuya única misión no es la de llegar al lejano Oeste para capturar a Michael Mackenzie, alias Caracortada, sino, por lo visto, la de atravesar un inmenso desierto de arena cuyo final ni siquiera puede divisarse en el horizonte.

Bajo un sol abrasador y temperaturas de más de cincuenta grados, la camioneta va sorteando dunas como buenamente puede, a veces incluso encallándose en algunas de ellas, lo que convierte el viaje en una arriesgada y apasionante aventura a los infiernos, que Julio parece vivir con verdadero entusiasmo, como si el sueño fuese más real que su propia vida. De hecho, hasta su cuerpo empieza a empaparse de sudor y sus labios a secarse, como si experimentase a este lado del sueño la misma sensación de calor sofocante y de falta de agua para humedecer los labios y calmar la sed que tiene en el desierto.

Y en el fragor de esa sorprendente odisea, en la que, como en las películas de aventuras que tanto le gustan, se van cruzando caravanas de nómadas trotando a lomos de sus camellos, serpientes venenosas, bandadas de buitres dibujando círculos en el aire y terribles tormentas de arena, Julio va pasando la tarde, sin que tenga conciencia de ello ni la necesidad de bajarse de la destartalada camioneta verde e intentar salir del sueño para resguardarse de tanto sofoco. Quizá porque su propio inconsciente prefiere seguir sorteando dunas, enfrentarse a peligrosas criaturas mortales y atravesar un peligroso desierto, aquella inesperada siesta se va alargando más de lo esperado. Hasta ya bien entrada la tarde, Julio continúa embarcado en su apasionante viaje a ninguna parte hasta que, como si fuera un espejismo, a lo lejos puede verse temblar en el aire la imagen de un oasis que, a medida que la camioneta va aproximándose a él, se va haciendo más nítida y cada vez más y más grande. Cuando por fin llega hasta él, Julio baja de la camioneta y comprueba que no es una alucinación, sino un hermoso lugar plagado de árboles de todos los colores y tamaños, de flores rojas, amarillas, naranjas y violetas, y de una infinidad de preciosas cascadas de agua transparente que son el alma de un maravilloso paraíso levantado en mitad de la nada.

En ese inmenso espacio de luz radiante y cálido sosiego, donde el tiempo parece haberse detenido, se aglutinan cientos de personas que aparentan vivir plácidamente, quizá gente como él sumida en un dulce y profundo sueño en el que han emprendido un largo viaje hacia un lugar en el que la felicidad no solo dura diez minutos.